Luis Amézaga

Villa Dariana

"La trampa no tiene verbo. No es «entrampar» ni «trampear». La trampa es un hecho".

"De trampas no se puede vivir: las trampas son la vida; la muerte".

"Trampa, juego del juego".

Max Aub

Con franca animación se establecieron los diferentes corros de invitados a lo largo y ancho del engalanado jardín. En un rincón, bajo la pérgola, tres muchachas al violín, contrabajo y teclado, amenizaban la velada. Música de fondo que se diluía entre las charlas; al principio formales y poco a poco más espontáneas. Todos los asistentes iban de blanco, como se especificaba en las tarjetas de invitación recibidas. Cada uno, con su estilo más o menos atildado: pantalones, faldas, vestidos, blusas, camisas, sombreros, pañuelos, zapatos...

Cuando los homenajeados, que también eran los anfitriones, aparecieron por la escalerilla que va del interior de la casa al jardín, hubo un aplauso general. Vestían de forma impecable, de un blanco perla que resaltaba entre los otros blancos. Los camareros portaban uniformes lechosos con camisas de cuello mao. Pasaban entre los invitados con bandejas de canapés. De las ramas bajas del enorme tilo que acogía a los más sudorosos bajo su sombra, habían colgado botellas de cristal con pequeños ramos de flores en su interior. El sol jugaba con el cristal y lanzaba guiños de luz entre los asistentes. Rodeando el jardín había velas por el suelo, guirnaldas de luz, globos blancos. En un lateral, varias mesas cubiertas con manteles blancos, sillas blancas, servilletas blancas. Los invitados estaban aún de pie, con sus copas de cristal de bohemia conteniendo cócteles del tipo «elefante blanco», «fontaine ramos», o «boho blanche». Cócteles blancos. Aunque hubiera sido un día plomizo, la blancura de aquel jardín se hubiese visto desde la Luna. En una mesa redonda, especialmente preparada, posaba una gran tarta redonda de chocolate. ¿Chocolate blanco? Pues no, negro, chocolate fondant.

De forma expresa se prohibió la asistencia de niños, siempre tan ruidosos y molestos. Son el futuro, pero en el presente estorban. Sí permitieron mascotas de bolso. Se vio asomar la cabeza de un

cerdito de guinea, de un bichón maltés, un pekinés e incluso a un yorkshire terrier. La modernidad ha traído personas con enorme sensibilidad hacia los animales, pero a favor del aborto y la eutanasia como acciones preventivas de la humanidad.

Era un día grande en Villa Dariana. Los agasajados propietarios, Dariana y Aurelio, celebraban las bodas de plata. Entre los partícipes al evento no había familiares ni personas que tuvieran que ver con sus orígenes humildes. Para ambos, el pasado era un lugar donde no querían volver.

Dariana procedía de una ciudad pequeña que se construyó alrededor de un par de empresas de automoción. Sus padres eran inmigrantes y ella desde muy jovencita quiso salir de aquel lugar porque le parecía un destino miserable. Su padre trabajaba nueve horas diarias en la cadena de montaje de esos estúpidos automóviles, y en su tiempo libre hacía chapuzas de electricista por el barrio. Su madre fregaba edificios públicos. Hicieron entre ambos el milagroso esfuerzo de enviar a la niña a un colegio privado situado a las afueras de la ciudad junto a un parque natural, donde acudían los hijos de los ejecutivos de la empresa donde trabajaba su padre. «*En mala hora*», se les oyó decir al cabo de los años. Dariana, en ese colegio privado, pronto quiso estar a la altura del resto de compañeras, muchachas bien con costumbres más liberales que la mayoría de las chicas de su edad. Entre los pobres, la moral se impone de forma más estricta que entre los ricos. Entre los pobres no está bien vista la frivolidad. Dariana adquirió el pensamiento y la forma de ser de sus compañeras. Sólo le diferenciaba de ellas que carecía de ese seguro de vida que se llama dinero. Por eso Dariana, en cuanto acabó los estudios, se fue sin mirar atrás a la capital, a buscar la riqueza que estuviera a la altura de sus modales. Perdió el contacto con familia y amigos. Lo perdió queriendo perderlo.

En el caso de Aurelio, su desapego familiar se debió a un encontronazo con el padre. Todos se pusieron del lado del progenitor y el hijo rarito optó por desaparecer. De eso hace muchos años.

Tanto Dariana como Aurelio, en su momento, recibieron notificaciones de defunciones de personas que se supone les importaban. No hicieron caso. «*Que los muertos entierren a sus muertos*», se oyó decir en cierta ocasión a Aurelio en una tertulia animada por un humeante café de Costa Rica.

Dariana está acostumbrada a que cuando ella toma la palabra los demás se callan, por eso no necesita levantar la voz. Habla bajito y con ritmo pausado, como si se detuviera el mundo para escucharla. Sabe mover las manos de tal manera que convence a su interlocutor cuando es eso lo que pretende, o lo hipnotiza cuando busca paralizarlo y embaucarlo. Seguro que hay depredadores que actúan así.

Es una mujer eficiente, trabaja en una de las principales gestoras del mundo en fondos de inversión con domicilio fiscal en la City. Gestiona año sí y año también un patrimonio en renta variable cercano a los treinta mil millones de euros. Es un activo muy apreciado en su empresa por su perfil de agente decidido sin llegar a agresivo. Dariana sabe apreciar las buenas ideas de sus colaboradores siempre y cuando sean acompañadas de un esfuerzo continuado. «*A una buena idea le debe seguir un trabajo desmedido para que sea una brillante idea*», suele comentar en las reuniones de trabajo. Es una jefa distante pero justa. «*A sus chicos*» los trata con respeto. Cuando surge un tema a discutir, les exige concreción, no soporta a aquellos empleados que son capaces de enredarse en polémicas inacabables por el simple hecho de demostrar sus habilidades dialécticas, o técnicas de debate. Caza al vuelo a quien pretende lucirse con palabrería. Lo corta de inmediato y le da el finiquito a mes entrante. Dariana es categórica. Opina que cuando se discute durante más de cinco minutos es porque ambas posturas son erróneas y hay que buscar otro camino que debe ser precedido por un periodo de silencio. La reflexión individual ha de cuidarse antes de volver a compartir con el grupo.

Además de su trabajo oficial, Dariana realiza otro tipo de gestiones más sofisticadas para clientes especiales. No habla de ello, es una labor que exige discreción y medias palabras. Esta vía secundaria de su trabajo es en realidad la que ha posibilitado que obtenga un prestigio que se reconoce entre las grandes fortunas del mundo financiero, y la que ayuda a traer más fondos a su gestora.

Estaba resplandeciente mientras se movía por el jardín hablando con su invitados. Ambos lo estaban. Veinticinco años juntos es una conquista de pareja que el amor por sí solo no hubiera podido lograr.

****

Hay que buscar con atención en el mapa la zona residencial "Estrella fugaz". Es una zona lujosamente discreta al este de la ciudad. En primera línea de la "Estrella fugaz", la que da a la vía pública, hay una serie de chalés adosados de aspecto elegante, pero sin ostentación, los cuales sirven de escudo y barrera a las grandes fincas situadas en el interior, en la zona menos accesible a las miradas de los transeúntes. Muchos habitantes de la ciudad ni siquiera saben de su existencia. Sólo son visibles desde el cielo. Pues bien, en su sector central se encuentra Villa Dariana. La dueña está ahora sentada con su amiga Marisa Zunzunegui en un banco de madera de cedro con barniz impermeable en el lateral derecho del jardín, algo apartadas del resto de la fiesta. Cada una de ellas sujeta un cóctel de champán. Acomodan los cojines a sus riñones y charlan mirando hacia el estanque que susurra secretos.

Marisa le está contando que se va a marchar a vivir a Kobe con su profesor de japonés.

— ¿Y Ernest? - inquiere Dariana pensando que es la pregunta que ha de hacer por sentido común.

— ¿Qué pasa con él?

— ¿Ya se lo has dicho? ¿Le has pedido el divorcio?

Marisa cabeceó enérgicamente.

— Ni se lo pienso pedir. No quiero liarme en discusiones, papeleos y asuntos legales. Ya lo hará él cuando vea que me he marchado. Ahora quiero vivir bien lejos con mi profesor. Quiero que me lo enseñe todo.

— Eres una mala puta, Marisa —dijo Dariana propinándole un cariñoso codazo—. ¿Y aparte de la carne de Kobe, sabes algo de ese lejano lugar?

— Es una ciudad de un millón y medio de japonesitos en la prefectura de Hyogo, al sur de la isla de Honsu. Eso es lo que me ha dicho mi profesor. Tampoco necesito saber más. He pedido un año sabático en el trabajo. Si no me va bien por esos mundos, vuelvo y me pudro en mi cátedra de filosofía contemporánea, como hasta ahora.

— Es una lástima —musitó Dariana—. Te echaré de menos.

— No es verdad.

Echaron a la vez un trago a sus respectivos cócteles y se quedaron durante unos segundos mirando absortas las dalias que rodean el estanque.

****

Aurelio es un hombre refinado que disfruta con cuatro de los cinco sentidos. Encuentra gozo en paladear un buen Sauvignon mientras observa a su esposa moverse por el salón con el vigor y la gracia que le son connaturales, mientras habla por teléfono de sus

negocios, o se deleita oyendo muy bajito los arpegios del violonchelo en la Suite Nº1 de Bach, o aspira por su nariz la frescura del césped recién cortado. Pero tocar no va con él. Personas que no conocen bien a la pareja suelen maliciarse que Aurelio es demasiado relamido para que le gusten las mujeres. No se trata de eso. Es que el sentido del tacto le desagrada en general, y en el sexo en particular. No puede imaginarse nada más chabacano que la acometida sudorosa de dos cuerpos, que el intercambio de fluidos. Él saluda con una breve inclinación de cabeza, una reverencia imperceptible que evita el contacto físico; considera innecesario y de mal gusto estrecharse la mano tan usada para quehaceres inconfesables. Sólo a su mujer le permite que le agarre del brazo al pasear, o le plante un ligero beso en la mejilla por las mañanas al despedirse antes de ir a la oficina. Sólo a ella. Porque ella es el amor de su vida. Cuando por la noche se sientan en el salón a escuchar música con los ojos cerrados, Aurelio se concede el exceso de acariciar imperceptiblemente el dorso de la mano de su mujer que descansa caída a un lado del reposabrazos del sillón.

A Dariana, esta asexualidad de su marido, en vez de serle fastidiosa, le pareció desde el primer día una ventaja. No debía preocuparse por atender los arranques inoportunos de un hombre al que se le ha calentado la polla mirando a otras. Sí, Dariana tenía de vez en cuando su necesidad de desfogue carnal. Aurelio estaba al tanto, y entre los dos encontraron una solución. Cuando el cuerpo le pedía guerra, Dariana llamaba a un servicio de hombres de compañía que le habían recomendado y contrataba los servicios de un muchacho veinte años más joven. El encuentro duraba unas pocas horas. Lo dejaba seco y a otra cosa. Aurelio, durante unos días, después del encuentro extramatrimonial de su mujer, la evitaba, pero no era por rencor, sino porque no le gustaba el olor que esos hombres dejaban en el cuerpo de su mujer. Después la pareja proseguía con su vida con normalidad. Cada día se conocían más, cada día se querían más.

****

En el tiempo que llevaban de celebración en el jardín, Dariana había conseguido evitarlo, pero como dos tropiezan con tal de que uno quiera, al final tuvo que lidiar con Jonás, quien aprovechó un momento de descuido de la anfitriona en su desplazamiento entre dos corrillos.

— Estás espléndida, Dariana, como siempre. Y muy solicitada.

— Hola Jonás, te veo bien.

Jonás es un amigo de la infancia de Aurelio. Dariana lo conoce mejor que su marido porque saca de la ecuación los sentimientos y la nostalgia. Ella tiene claro que Jonás es un fracasado que heredó de su familia un imperio del sector lácteo y ha dilapidado más de tres cuartas partes del mismo en unos años. Ella huye de los fracasados con pretensiones porque sabe que suelen ser contagiosos y viperinos.

— Tengo que felicitarte. He oído que has captado para tu fondo de inversión un importante pellizco del mismísimo Estado de Baréin.

— Y yo tengo que consolarte porque he oído que tu último proyecto empresarial de fusión con una marca griega no ha llegado a buen puerto.

— No siempre se gana.

— Pero alguna vez…

— Si hubiera tenido detrás el apoyo de un equipo de inversión como el tuyo, seguro que el resultado habría sido otro.

— No creas, hay personas que están hechas para perder una mano incluso con las mejores cartas.

— Claro, además de una buena mano hay que tener buenas piernas.

— Tú las tienes.

A pesar de ser casi un sesentón, gracias a sus muchas horas de gimnasio, Jonás conseguía que los trajes le marcaran como si vistiera un condón. Dariana no olvida la de veces que él se ha considerado irresistible ante ella. A Dariana le da igual que se comporte como un don Juan de pacotilla, pero no le perdona que desprecie así la amistad que Aurelio le profesa. Nunca le ha comentado a su marido las embestidas de macho cabrío de su amigo. Se basta y sobra para bajarle con dos frases la erección a un fracasado como él.

— Pero no quieres que mis piernas te atrapen, Dariana. No sé por qué me rechazas. No creo que te preocupe ponerle los cuernos a Aurelio a estas alturas.

— Me preocupa bajar mi nivel. Y me sale más barato pagar por el sexo que hacerlo contigo gratis, eso seguro.

Dariana saludó con la mano a otro de los invitados.

— Disculpa, Jonás, tengo que atender a gente interesante.

****

Una mujer cogió del brazo a Dariana.

— Acompáñame, cariño, sentémonos un rato en aquellas sillas. Deja que tu marido atienda a los invitados. A él se le dan bien las formas, no le cuesta esfuerzo.

Mariví es prima de Aurelio, una solterona que vive en el pueblo. En realidad, Aurelio no tiene clara la vinculación sanguínea,

pero en ese pueblo quien más quien menos es familia. Y la relación con Mariví es, en todo caso, fraternal.

Antes de acomodarse a la sombra de la pérgola, ambas mujeres se avituallaron de una de las bandejas que los del catering paseaban por el jardín, tomaron dos canapés de salmón ahumado y queso.

— Me admira —comentó Mariví— el ingenio que es necesario mostrar en reuniones sociales de este tipo para que no decaiga la cosa. La naturaleza humana está extraordinariamente capacitada para lo insulso.

Dariana sonrió ante las palabras de Marivi y apretó su mano de manera cómplice. Ambas engulleron de un bocado los canapés y levantaron la mano para que los camareros les acercaran un par de cócteles.

— Vas muy fresca, Mariví, ¿estás buscando guerra?

— Pobre de mí, soy pacifista vocacional. Pero he creído que debía estar a la altura del evento. ¿Me he pasado?

La prima llevaba un vestido corto con escote en uve pronunciada. Entre sus pletóricos pechos caía una discreta cadenita de oro con un crucifijo vuelto del revés.

— Estás tentadora, si no fuera porque llevas al Redentor acogido en tu seno...

Mariví, de joven, ingresó en un convento de Las Clarisas. Allí aprovechó el tiempo para convertirse en una fantástica costurera y una repostera nada desdeñable. Ella misma se había confeccionado el llamativo vestido. Llegó un momento en ese camino de religiosa en que dejó de ver avances espirituales. Decidió salirse para encauzar de otra manera la vocación que no había perdido. En el pueblo se había convertido en una consejera espiritual para vecinos y forasteros, dirigía el grupo parroquial y le escribía las homilías al anciano cura de la comarca.

— El Salvador da más morbo al escote —opinó Mariví con picardía.

— ¿Crees que hemos sido egoístas al no querer tener hijos? — Dariana parecía haberse puesto seria de repente.

La una, centrada en su trabajo y con ambiciones profesionales, mientras estuvo en edad para ello nunca había sentido el instinto maternal. Y la otra, que consideraba a los hijos de los demás como suyos, tampoco había sentido la necesidad de parir.

— Creo que somos egoístas por echar de menos lo que no tenemos. No hemos sido receptáculos para traer criaturas al mundo. No es grave, puesto que el futuro de la humanidad en cuanto a cantidad de individuos no corre peligro a día de hoy. Otro tema será la calidad.

— Lo digo por dejar huella, transmitir nuestro ADN, que alguien sea testigo viviente de que estuvimos aquí y nos recuerde con admiración, o al menos con afecto. Queremos vivir un poco más una vez muertas en la memoria de alguien. Un poco más. En mi caso, he buscado eso de forma inconsciente, intentando ser la número uno en mi profesión, incluso usando métodos heterodoxos para conseguirlo. Ya sé que es una ingenuidad, pero también lo es pretender dejar huella teniendo un hijo.

— Sé a qué te refieres, querida prima, pero yo hace tiempo que hablo sola.

— Sí, hablar sola es un ensayo muy realista para lo que nos aguarda.

La tarde declinaba sobre la zona residencial "Estrella fugaz", sobre la protegida y animada Villa Dariana, transformando el fulgente blanco de la velada en un tono mate. Entre los asistentes, según se apilaban las copas vacías, las lenguas iban más sueltas y las cabezas más pesadas.

Dariana se fijó en que Mariví respiraba hondo parar atrapar el fresco aroma de las petunias y de las rosas que pugnaban en el aire por ser las primeras en colarse por su nariz. Sintió un cariño repentino por la prima de su marido. Pero de repente pareció

acordarse de algo. Consultó su teléfono móvil: ni llamadas perdidas ni mensajes anunciando que el tiempo jugaba en su contra.

****

Sofía era el ama de llaves, trabajaba en la casa desde hacía quince años. Los del catering se habían ocupado de atender la fiesta y ella estaba de apoyo por si necesitaban algo de la casa. En el momento que sonó el video portero de la puerta principal estaba fumándose un cigarrillo en la pequeña terraza de la cocina. Fue a abrir, intrigada por quién podría llegar tan tarde a la velada. Se encontró en la puerta con dos hombres y una mujer que la miraron como si no la vieran. Iban ataviados con chalecos reflectantes en cuya pechera destacaba un emblema que no pudo descifrar a la primera. Delante de Villa Dariana habían aparcado un coche y una furgoneta de cristales tintados. Le explicaron a Sofía, al tiempo que le mostraban una placa, que eran agentes de la UDEF (unidad de delitos económicos y financieros de la policía), y que venían con una orden de registro y otra de detención para la señora de la casa. Sofía les hizo entrar y les pidió un minuto para ir a buscarla. Se asomo por la terraza e hizo desde ahí una señal con la mano a Dariana.

— Ha terminado la fiesta—. Le susurró con tono muy serio Dariana a la prima Mariví al levantarse para entrar en la casa acudiendo a la llamada de su ama de llaves.

La prima no entendió el sentido de la frase, pero notó un pellizco en el estómago y un escalofrío repentino. Hasta el crucifijo que descansaba entre sus pechos se giró a mirar.

Dariana contaba de vez en cuando con los servicios de un investigador privado. No era algo insólito en los negocios. La idea

era obtener información adicional sobre algunos de sus posibles clientes e inversores. En ese ambiente todo el mundo investiga a todo el mundo. Y fue él quien le alertó hace dos meses de que estaba siendo sometida a seguimiento. Para saber más sobre el asunto, el investigador hizo unas cuantas averiguaciones, y sí, Dariana tenía los teléfonos pinchados y la conexión a Internet controlada. *«¿Quién*?», preguntó ella alarmada, pues los de su sector nunca habían llegado tan lejos. Pronto el investigador dio con la respuesta al tiempo que se despidió deseándole buena suerte. Se trataba de la policía.

Así que Dariana no se sorprendió cuando al entrar en la casa, comprobó que ya unos cuantos agentes estaban en su despacho incautando material electrónico y metiendo archivadores en cajas de cartón. El agente que antes había hablado con Sofía, le entregó a Dariana tanto la orden de registro como la de detención.

Aunque la policía se movía por la casa sin armar barullo, entre algunos invitados empezaron los cuchicheos. No sólo los tiburones blancos huelen la sangre desde lejos. Aurelio se inquietó y empezó a mirar a su alrededor en busca de su esposa. Se topó con la mirada inquieta de su prima Mariví y entró dentro de la casa farfullando una excusa.

— El jefe de la operación— a la que luego se supo habían puesto de nombre "Blanco Nuclear"— se dirigió a Aurelio con gestos tranquilizadores, pidiéndole que estuviera localizable a partir de ese instante, porque era seguro que en los próximos días sería reclamado por el juez a declarar como testigo.

— Qué ocurre, Dariana. —preguntó Aurelio con la angustia de un niño desamparado.

— No te preocupes y haz lo que te dicen.

— ¡Voy a llamar a nuestro abogado ahora mismo!

— Haga lo que quiera, caballero. Pero esta operación va más allá de lo que su abogado puede abarcar. Se trata de una operación

contra la Gestora de Fondos para la cual trabaja su esposa. Supongo que ellos tendrán sus propios abogados. Pero ya le digo, puede llamarle si lo desea. De momento, nos llevamos a su mujer a comisaría para un primer interrogatorio, mañana a primera hora declarará ante el juez, que será quien tome las medidas oportunas.

— ¿Puedo cambiarme de ropa?

— Claro que sí señora. Aún tenemos aquí para un rato — dijo señalando a los compañeros que hacían el registro.

Dariana fue a su habitación, se quitó el vestido, eligió del armario un pantalón cómodo y una blusa. También se puso unos zapatos sin tacón. Estaba extrañamente relajada, segura de sí misma, aunque suponía que los de la UDEF ya tenían el asunto bien atado. Pero qué más da, estas cosas ocurren, y en tiempos de crisis el ministerio público debe entregar a la plebe la carnaza de quienes ganan dinero con el dinero. Es ley no escrita. Así el pueblo se apacigua y los políticos respiran tranquilos una legislatura más. Cuando iba a salir de la habitación, echó un vistazo por la ventana que daba al jardín. Jonás, aún con una copa en la mano, le estaba enseñando sus dientes blanqueados. No era una sonrisa. Nunca Dariana había visto una hiena, pero debía tener ese aspecto.

Estaban metiendo las cajas de cartón con el material requisado en una furgoneta. Parecía que estaban de mudanza. Dos agentes de la UDEF se miraron entre sí llegando al acuerdo tácito de no esposar a Dariana. La escoltaron hasta el coche. Cuando saltó la liebre, los invitados se agolparon en el recibidor de la casa haciendo fotos con sus Smartphones. «*Era de esperar*..., *ya decía yo*...» fueron algunos de los comentarios que se oían entre los asistentes a la fiesta. La noticia se extendió como una riada a las redes sociales y al WhatsApp. A los oídos de Aurelio —que se había hundido en un sillón con el traje blanco que ahora parecía un disfraz arrugado— también llegaban esos dardos verbales, esa leña apilada a la velocidad de un aizkolari profesional con el árbol apenas recién caído. Algunos de los

invitados se acercaron a ponerle hipócritamente una mano en el hombro, y él notó un dolor muscular que achacó a la soledad que sentía.

Cuando la pareja de agentes de la UDEF iban a ayudar a Dariana a entrar en la parte trasera del coche, salió corriendo de la casa la prima Mariví.

— ¡Esperen un segundo!— Mariví pensó en decirle a su prima que tuviera fe, que lo tomara como un reto de superación, que sería para bien, que después, cuando todo acabara, podría vivir tranquila y en paz con las personas que de verdad le apreciaban, lejos de un mundo de espejismos. Pero no dijo nada. Para qué. Dariana no es una mujer a quien las palabras de consuelo sirvan de nada.

Fue Dariana la que sí le habló.

— No dejes solo a Aurelio.

Mariví asintió con la cabeza.

Y se la llevaron.

Le acusaron de blanqueo de capitales, de introducir dinero ilícito de clientes de dudosa respetabilidad en el circuito legal a través de diferentes medios: compra de boletos de lotería premiados, casinos, criptomonedas, galerías de arte (incluida la que regía Aurelio). Ya se sabe que en el arte, la distancia entre el valor y el precio puede ser tan grande como se quiera. También le acusaron de participar en empresas que optaban a obra pública donde engordaban los precios de los materiales de construcción en complicidad con el político de turno. Otra forma de blanqueo de capitales que le atribuían era una red internacional de lavanderías donde lo que menos importaba era cómo de blanca quedaba la ropa. Y así un sinfín de empresas tapadera y paraísos fiscales donde rebotar esos capitales de dudosa procedencia. Luego, los multimillonarios clientes eran muy fieles a la hora de invertir sus

dineros aseados en la Gestora de Fondos para la que Dariana trabajaba, y de la cual ella sacaba jugosos dividendos, más extras.

Solo abrió la boca una vez durante el interrogatorio en comisaría.

— Resolver un caso no es arreglarlo.

No bajó la cabeza en ningún momento del proceso judicial. Cuando su señoría le interpeló, ella contestó con serenidad

— Intentaré ser sincera, pero no prometo nada.

Al final del juicio, en el que le cayeron cuatro años de cárcel y una multa con muchos ceros, afirmó sin perder un ápice de su orgullo.

— No soy yo quien ha inventado el juego financiero, sólo soy una mujer que conoce algunas trampas. Las trampas son las que mantienen vivo el juego.